

Ulises: la receta fundamental

John Berger

Traducción de Leticia García Cortés

LA PRIMERA VEZ QUE ZARPÉ en *Ulises* de James Joyce tenía catorce años. Utilizo la palabra *zarpar* en lugar de *leer* porque, como bien nos recuerda el nombre del libro, éste es como un océano; uno no lo lee, navega por él.

Como muchas personas que han vivido una niñez solitaria, para los catorce años tenía una imaginación que ya había crecido, estaba lista para zarpar; lo que me faltaba era experiencia. Ya había leído *El retrato del artista adolescente* y el nombre del libro era el título nobiliario que usaba para mí cuando soñaba despierto. Era una suerte de coartada o de as que guardaba debajo de la manga, listo para mostrarlo a los mayores, o a alguno de sus representantes, si me desafiaban.

Era el invierno de 1940-1941. Joyce se estaba muriendo en Zurich de una úlcera duodenal pero en ese tiempo yo no lo sabía. No pensaba en él como mortal. Sabía cómo era físicamente y que su vista no era buena, no creía que fuera un dios, pero a través de sus palabras, a través de su infinito deambular, lo sentía siempre presente. Por lo tanto, no era candidato a la muerte.

El libro me lo había dado un amigo, un maestro subversivo. Su nombre era Arthut Stowe. Yo lo llamaba Stowbird. A él le debo todo. Fue quien me tendió la mano para salir del sótano en el que había crecido, un sótano de convenciones, tabúes, reglas, *idées reçues*, prohibiciones, miedos, donde nadie se atrevía a cuestionar nada y donde todos usaban su coraje —porque coraje sí tenían— para someterse a cualquier cosa sin quejarse en absoluto.

Se trataba de la edición francesa en inglés publicada por Shakespeare and Company. Stowbird la había comprado en París durante su último viaje antes del estallamiento de la

guerra en 1939. Él usaba una gabardina larga y una boina negra que había comprado en esa misma ocasión.

Cuando me dio el libro, pensaba que en Gran Bretaña era ilegal tener un ejemplar. En realidad éste no era el caso (lo había sido) y yo estaba equivocado. No obstante, la “ilegalidad” del libro se aplicaba a mí, que tenía catorce años, una cualidad literaria significativa. Quizá en eso no me equivocaba. Estaba convencido de que la legalidad era una pretensión arbitraria. Necesaria para el contrato social, indispensable para la supervivencia de la sociedad, pero que daba la espalda a la mayor parte de las experiencias vividas. Esto lo sabía por instinto y cuando leí el libro por primera vez llegué a apreciar con una emoción cada vez mayor que su supuesta ilegalidad como objeto no podía estar más de acuerdo con la ilegitimidad de las vidas y almas que poblaban su épica.

Al tiempo que leía el libro, en el cielo sobre la costa sur de Inglaterra y Londres se peleaba la batalla de Gran Bretaña. El país esperaba la invasión. El futuro era incierto. Entre mis piernas me convertía en hombre, pero era bastante probable que no viviera lo suficiente para descubrir de qué se trataba la vida. Por supuesto que entonces no lo sabía. Y por supuesto que no creía nada de lo que se me decía —ya fuera en las clases de historia, en la radio o en el sótano.

Todos los relatos que se me contaban eran demasiado pequeños para agregarse a la inmensidad de lo que yo no sabía y de lo que quizá nunca tuviera. Sin embargo, no era el caso de *Ulises*. Este libro tenía esa inmensidad. No aspiraba a ella; estaba impregnada de ella, fluía a través de ella. De nuevo tiene sentido la comparación del libro con un océano, ¿no es acaso el libro más *líquido* que se ha escrito?

Estaba a punto de escribir que en mi primera lectura había habido muchas partes que no había entendido. Pero eso sería mentira. No hubo ninguna parte que entendiera. Y no había habido ninguna parte que no me hiciera la misma promesa: que muy profundamente, detrás de las palabras, detrás de cualquier pretensión, detrás de los reclamos y de los eternos juicios moralistas, detrás de opiniones, lecciones y alardes de la palabrería de la vida cotidiana, las vidas de las mujeres y los hombres adultos estaban conformadas del mismo material que este libro: vísceras manchadas de divinidad. ¡La receta fundamental!

Aun a mi corta edad, reconocí la prodigiosa erudición de Joyce. En cierto sentido, era el Aprendizaje encarnado. Pero el Aprendizaje sin solemnidad, que se había despojado de toga y birrete para volverse un bufón y un trovador. (Mientras escribo sobre él, algo del ritmo de sus palabras todavía anima mi pluma.) Quizá lo más significativo para mí en ese momento era la compañía que representaba su aprendizaje: la compañía de lo que no importa, de los que siempre están fuera del escenario, la compañía de delincuentes y pecadores, como los presenta la Biblia, la compañía baja. *Ulises* está lleno del desprecio de los representados hacia quienes dicen (falsamente) representarlos y lleno de las tiernas ironías de quienes se dice (falsamente) que están perdidos.

Él no se detuvo ahí —este hombre que me contaba de la vida que quizá nunca conociera, este hombre que nunca habló a nadie con desdén y que para mí hasta ahora sigue siendo un ejemplo del verdadero adulto, de lo que significa un ser que tiene una relación muy cercana con la vida porque la ha aceptado— porque su *propensión* hacia los modestos lo llevó a mantener el mismo tipo de compañía *dentro* de cada uno de sus personajes: escuchaba sus estómagos, sus dolencias, sus hinchazones; oía sus primeras impresiones, sus pensamientos sin censura, sus digresiones, sus oraciones sin palabras, sus gruñidos insolentes y sus fantasías desmesuradas. Mientras más atención ponía a lo que casi nadie había escuchado antes, mayor era la riqueza que la vida ofrecía.

Un día del otoño de 1941, mi padre, que me debe de haber estado observando con ansiedad durante algún tiempo, decidió revisar los libros que tenía en la repisa de mi cama. Una vez hecho esto, confiscó cinco —entre ellos *Ulises*—. Esa

misma tarde me informó que había guardado los cinco libros en la caja fuerte de su oficina. En ese tiempo estaba llevando a cabo importantes tareas de guerra para el gobierno sobre la manera de incrementar la producción de las fábricas. Me imaginaba a mi *Ulises* encerrado debajo de archivos de secretos gubernamentales etiquetados como *Sumamente confidenciales*.

Estaba tan furioso como sólo puede estarlo un muchacho de catorce años. Me negaba a comparar el dolor de mi padre —como me lo había pedido— con el mío. Pinté un retrato de él —el cuadro más grande que hasta entonces había hecho— en el que lo hice parecer diabólico, con los colores de Mefistófeles. No obstante mi furia, no pude evitar finalmente reconocer algo más: la historia de los libros confiscados y el padre temeroso por el alma del hijo y la caja fuerte marca Chubb y los archivos gubernamentales, bien podía haber salido directamente del libro en cuestión y sería narrada con ecuanimidad y sin odio.

Actualmente, cincuenta años después, sigo viviendo la vida para la que Joyce me preparó tan arduamente, y me convertí en escritor. Fue él quien me enseñó, antes de que supiera yo nada, que la literatura es enemiga de cualquier jerarquía y que separar los hechos de la imaginación, los acontecimientos de los sentimientos, al protagonista del narrador, es quedarse en tierra firme y nunca zarpar.

Bajo el influjo del flujo vio las algas convulsionadas erguirse lánguidamente y cimbrar desganados brazos, remangando sus faldas en susurrante agua, meciendo y agitando tímidas frondas de plata. Día a día: noche a noche: elevadas, inundadas y dejadas caer. Señor, están cansadas: y al cuchicheo del agua suspiran. San Ambrosio las oyó, suspiro de hojas y olas, esperando, aguardando la plenitud de sus tiempos, *diebus ac noctibus iniurias patiens ingemiscit*. Reunidas sin finalidad alguna, liberadas luego vanamente, flotan avanzando, retrocediendo, telar de luna. Cansadas también a la vista de amantes, hombres lascivos, una mujer desnuda radiante en sus reinos, ella arrastra una red de aguas. •

JOHN BERGER (Londres, 1906) es novelista, ensayista y pintor. A los quince años se volvió anarquista y abandonó todos los estudios formales. Recibió en 1972 el Premio Booker por su novela *G*, donando parte de las ganancias a las Panteras Negras. Vive en una pequeña comunidad de campesinos en los Alpes.